

- **UNIDAD I**
- **COHERENCIA Y COHESIÓN**

Encadenados al incinerador

Vestidos enteramente de amarillo y con barbijos que cubrían la boca y la nariz, seis activistas de Greenpeace. Se encadenaron ayer al portón de la empresa Trieco, bloquearon su entrada con seis bolsas llenas con una tonelada de arena y colgaron un cartel en el que se leía: "Incineradores: fábricas de cáncer". Trieco es una de las plantas de incineración de residuos más grandes del país y está a la vera del arroyo Sarandí, en Dock Sud. Ese fue el lugar elegido para la protesta precisamente porque los incineradores son las principales fuentes de dioxinas, unas sustancias altamente tóxicas y cancerígenas, tal como las calificó la Organización Mundial de la Salud. Este organismo, en su último comunicado hizo referencia directa al problema que estos componentes causan en el cuerpo humano.

Vilma Almirón es una vecina de la planta, vive justo al otro lado del arroyo donde se llega cruzando un maltrecho puente que une las dos orillas. Ese lugar, se caracteriza por un puñado de casillas que forman un humilde barrio. La mujer hace 8 años que vive en Dock Sud, y contó que a veces se le hace imposible respirar por "el olor a ácido que hay y por el humo constante".

Greenpeace detalló en un informe que las dioxinas son productos no intencionales de procesos industriales y de combustión. Son muy difíciles de degradar y se acumulan en los cuerpos de los organismos. Provocan malformaciones congénitas, daños sobre el sistema inmunológico y reproductor y la más tóxica de sus consecuencias es que han sido calificadas por la OMS como cancerígeno humano.

La intención de los ambientalistas es exigir al gobierno argentino un programa de cierre de los incineradores de residuos, por ser responsables de la emisión de dioxinas que superan en 120 veces la cantidad máxima tolerable de ingesta humana diaria (...)

CONSIGNAS

- 1) Expliquen cuál es el tema del texto leído
- 2) Indiquen que recursos cohesivos se emplean en el texto, subráyenlo y clasifíquelo
- 3) ¿Qué tipo de progresión temática tiene el texto? Marcar con color la relación según corresponda
- 4) Elijan un tema que les interese y escriban un texto aplicando las reglas de coherencia y cohesión.
 - A) Marquen cada recurso cohesivo que hayan utilizado
 - B) Definan que tipo de progresión temática tiene y marquen con colores la relación

- **TEXTO ARGUMENTATIVO**

POSTALES DE UNA ARGENTINA EN CUARENTENA"

Barbijos, tapabocas y máscaras. Ya no son los mismos habitantes los que transitan las calles. Son otros. ¿O son los de antes? A 30 días del inicio de la cuarentena, las postales de las ciudades han cambiado.

Nunca imaginé que llegaría este día. Sí, ese momento en que de repente usar algo para taparnos la cara fuera la regla y no la excepción. Los que antes sobresalían, hoy pasan desaparecidos. Estamos todos de alguna forma uniformados, aunque con diferencias.

No es lo mismo el que está con su máscara que el que está con barbijo o el que está con tapabocas. Tampoco el que tiene un cubre boca de diseño con estampados coloridos o el que tiene uno casero. Ni hablar de los que tienen barbijos quirúrgicos. Cada uno pisa distinto. Cada uno se mueve diferente. Y no podemos olvidar a quienes llevan guantes.

Ahora más allá del “look” de pandemia que cada persona muestra en la calle, sí es llamativo cómo se vive cierta tensión. Algunos miran muy atentos a su alrededor, y no vaya a ser que no se respete el metro de distancia. Hay un miedo que antes no había visto que existiera de forma tan clara: el miedo al otro. Al “posible infectado”. Al que posiblemente me contagie. ¿Cómo hemos llegado a esta situación?

Puede que sea la consecuencia del distanciamiento social. Vivir separados uno del otro genera que nos hayamos olvidado de lo que es vivir en sociedad. Pero misteriosamente ha sacado a relucir un aspecto nuestro que hace mucho no se veía de forma tan clara: la persecución al posible infectado.

Médicos ven cómo en sus edificios no los quieren recibir. Pueblos enteros se cierran y no dejan entrar a los de afuera, a los que nos pueden traer el bicho. Y de ser argentinos pasamos a ser porteños, bonaerenses, colonenses. No podés venir, no sos bienvenido. Si venís, te vamos a echar.

La gran pregunta es hasta cuándo seguiremos con este comportamiento. Se habla de que en algún momento volveremos a circular, pero con una especie de tarjeta sanitaria. ¿Se nos tomará la fiebre como algo normal antes de subir al transporte público? ¿Se nos obligará a auto aislarnos frente a cualquier síntoma como el de una gripe? Quizás sí. Quizás no. Quizás una vacuna global nos permita olvidarnos de todo y esto sea un simple trago amargo que vivimos unos meses. O quizás tendremos que realmente cambiar la forma en que solíamos vivir.

Los “extranjeros” son un problema, esos que no estaban acá cuando empezó la cuarentena. Ese que es de otro pueblo, que acá no puede venir. Pero no solo ellos, sino que determinados grupos reciben un mismo trato. “Vos sos grupo de riesgo, a vos hay que aislarte y nosotros seguir con nuestra vida”. Sí, ellos, los supuestos culpables de que todos nos quedemos en casa.

Por otro lado, es paradójico que los que podemos quedarnos en casa, creemos que simplemente estamos reclusos en nuestro hogar y que solo tenemos que aprender a vivir de esta forma por un tiempo hasta que todo termine. ¿Es realmente eso lo que está sucediendo? Pensamos en la llegada de ese día, el que hoy vive China. Sin embargo, no nos damos cuenta de que nosotros estamos cambiando.

“Estamos intentando trabajar desde casa en el medio de una pandemia global”, me decía una compañera de trabajo. Si es así, entonces estamos atravesando cambios de los que no somos realmente conscientes. No estamos en casa, estamos pasando una crisis sanitaria, social y económica, de la que todavía seguramente no hemos visto lo peor.

Estamos preocupados por el incesante conteo de casos: infectados, muertes, recuperados. Ahora, ¿no deberíamos también preocuparnos porque estamos perdiendo la solidaridad hacia el otro? Quizás sean solo unos locos los que estén pensando eso. Pero hay que tener cuidado. En estas situaciones de crisis, podemos salir como sociedad más fortalecida o todo lo contrario. De nosotros depende que sea el primer escenario.

Consignas:

- 1) Marcar la tesis**
- 2) Marcar y clasificar los recursos argumentativos**
- 3) Escribir un texto argumentativo de al menos 5 párrafos en respuesta al texto leído. El mismo debe tener una tesis y un ejemplo de cada recurso argumentativo**

- **UNIDAD II**

El Matadero, de Esteban Echeverría

- 1) Expliquen cómo se desarrolla la oposición “civilización y barbarie” en el texto. Citen al menos 2 pasajes del cuento para ejemplificar su explicación.
- 2) ¿Cuál es la relación que se establece entre animalidad y barbarie? ¿Cómo se llama ese recurso?
- 3) Comparen la muerte del toro con la del unitario. Citen pasajes de la obra en donde se puede notar esa comparación.
- 4) ¿Qué formas del lenguaje aparecen en el texto? Extraigan un ejemplo de cada una.

“Maestras Argentinas: Clara Descorra” de Roberto Fontanarrosa

- 1) ¿En qué época se sitúa la historia?, ¿quién estaba al mando de Buenos Aires en esa época?
- 2) ¿Qué innovación introduce en la enseñanza de la escritura y a qué se debe su éxito?
- 3) ¿Cómo es la escuela en la que se desempeña Clara como maestra? Describala.
- 4) Identifiquen dos relaciones intertextuales con “El matadero” de E. Echeverría y expliquen las diferencias y similitudes.

UNIDAD III

Actividades para “El desentierro de la Angelita” de Mariana Enriquez

- 1) Teniendo en cuenta las características del género fantástico, determiná cuál es el hecho sobrenatural expresado en este cuento.
- 2) El personaje de la angelita tiene en un principio un objetivo, pero al finalizar la historia cambia de idea. ¿Qué es lo que realmente termina haciendo este personaje?
- 3) La autora cuenta que esta historia la elabora debido a experiencias personales que le ocurrieron y le dieron miedo de pequeña. Extrae ejemplos de esas marcas textuales.
- 4) Actividad de cierre: El miedo que provoca un relato fantástico parte del terror que causa la falta de explicación natural ante un determinado fenómeno. Lee el siguiente texto y mencioná dos características que se aprecien en el cuento de Mariana Enríquez.

Ana María Barrenechea define a la literatura fantástica como «la que presenta en forma de problemas hechos anormales, no naturales o irreales en contraste con hechos reales, normales o naturales». Lo fantástico surge siempre por oposición con lo real y cotidiano, lo conocido y representativo de nuestro mundo. Lo sobrenatural, aparece como una ruptura del orden natural transformando la percepción del mundo de los personajes e incluso a ellos mismos, si es que logran salir ilesos de la experiencia. Se descubre que existe otro mundo regido por leyes que desconocemos totalmente.

Tanto el personaje como el lector se sumergen en una experiencia inolvidable y perturbadora. El equilibrio y la contención que impone una narración breve permiten moderar hábilmente la tensión; el lector es conducido por medio de una técnica depurada que basa su eficacia en la creación de una atmósfera fascinante, gracias a los mecanismos psicológicos que convierten lo tenebroso en un objeto de placer estético.

La descripción tiene un papel fundamental en el género de terror. La atmósfera, los personajes, los espacios,

la situación, deben ser descritos con minuciosidad; los autores no ahorran detalles en estas descripciones, conscientes de su importancia en la narración. Para conseguir el impacto deseado, hacen una selección del léxico más adecuado, especialmente de la adjetivación que complementa la atmósfera que va surgiendo de las páginas.

Esta selección del material narrativo acrecienta de manera gradual la tensión, que acostumbra a alcanzar su clímax al final de la narración. El lenguaje es una mezcla de poesía y narrativa.

Una de las características del cuento de terror es que puede mantener un ambiente de suspenso con mayor facilidad y firmeza que una narración extensa. El suspenso es un elemento esencial para la literatura fantástica, Poe considera que todos los incidentes deben confluir en él; todo debe estar dispuesto para la sorpresa final...

Actividades para “La intrusa” de Jorge L. Borges

1. ¿Quién narra la historia? ¿Quién se la narró a él?
2. Cuando el narrador dice: “...ya preveo que cederé a la tentación literaria de acentuar o agregar algún pormenor.”
 - a) ¿Estás de acuerdo en que los autores de obras literarias a menudo alteran los hechos reales?
 - b) ¿Qué crees que motiva a los autores a realizar esas alteraciones? Explica.
3. Describe a los hermanos con cinco adjetivos calificativos que consideres adecuados.
4. ¿Cómo es la relación entre hermanos? ¿Qué motiva un cambio en la relación fraternal?
5. ¿Por qué crees que la gente del barrio se alegró con la rivalidad nacida entre los hermanos?
6. ¿Cómo se describe a Juliana?
7. ¿Qué significaba Juliana para Cristian y para Eduardo?
8. Al compartir a Juliana, ¿qué sentimientos de los hermanos salieron a la luz y quedaron evidenciados?
9. Los hermanos creían que estar enamorados de Juliana iba en contra de su hombría, ¿por qué? ¿Estás de acuerdo con ello?
10. ¿Qué solución encontraron los hermanos para su problema? ¿Les funcionó? Explica.

Textos literarios

Maestras argentinas. Clara Dezcurrea – Roberto Fontanarrosa

Clara Dezcurrea toma la pluma y escribe la fecha. “16 de julio de 1840”. Luego, con la misma letra minúscula y erguida, agrega el encabezamiento: “Querida Juana”. Finalmente, tras alisar el papel que tiene la textura y la consistencia del hojaldre, embebe la pluma en la tinta negra, y redacta: “Ayer decidí cambiar el método que siempre utilizamos. Quise darle a mis chicos una alternativa diferente que los arrancara de la enseñanza rutinaria. Esta vez, en clase de Habla Hispana, dejé de lado nuestra clásica composición ‘Voyage autour de mon bureau’ y quise sorprenderlos con algo propio, conocido, cercano. Fue entonces cuando les propuse escribir sobre ‘La vaca’”.

Clara Dezcurrea no lo sabe, pero ha introducido un hábito de escritura que será, luego, por décadas, indicador y modelo en las escuelas criollas.

En realidad, poco y nada decía para sus alumnos la temática de la anterior composición-tipo, “Voyage autour de mon bureau” (“Viaje en derredor de mi pupitre”) impuesta por el maestro modernista francés Alphonse Chateaubriand a fines de 1815. La escuela de Clara Dezcurrea; apenas un simple salón de tierra apisonada; no tiene pupitres, ni bancos, ni siquiera sillas. Los alumnos se apretujan sentándose en rejas de arados, tocones de ceiba o simples calaveras de vaca que relucen como si fueran de mármol. La calavera de vaca es el asiento más fácil de conseguir, el más frecuente, porque la escuela nocturna de la señora Dezcurrea es, durante el día, un matadero clandestino.

Clara humedece con la saliva de su lengua el reborde pringoso de la tapa del sobre donde ha metido la carta. Lo cierra y luego, aprovechando el calor del candil que la alumbró malamente, derrite casi un centímetro de la cera sobre el vértice de la juntura. Le llega, desde afuera, el olor pesado que viene desde el saladero de cueros, el tufo casi irrespirable del pescado podrido de la costa, y el mugido profundo de algún animal que ha olfateado, quizás, el aroma premonitorio de la sangre.

La escuela ni siquiera está en el centro de Buenos Aires. Ahí, frente al portalón de la Iglesia de los Cordeleros, como se lo había prometido don Juan Lezica, cuando era alguacil segundo del Municipio, para luego decirle que, aquello, era imposible. El Episcopado o, mejor dicho, el obispo Alcides Magliaro, le había recordado a Rosas que no debían permitirse escuelas ni quinqueras en las proximidades de los templos. Y entonces le habían dado a Clara ese quinchito –porque de otra forma no se lo podía denominar–; cerca de los corrales de Mataderos, a metros del puerto de Santa Brígida, detrás del saladero de don Felipe Echeaegui. Y la escuela era nocturna. Y los “chicos”, como ella los denominaba, eran ya gente grande: puesteros de los corrales, matarifes, carreros cachapejeros, pero muy especialmente, federales. Hombres de la Santa Federación que llegaban a clase luciendo la divisa punzó, mazorqueros que, en el primer día de clase, habían degollado a un negro por robarse una goma de borrar.

Clara, todas las tardes, mientras escucha dar las siete en el carrillón de la Merced, baldea el piso para quitar los oscuros cuajarones de sangre que quedan de la actividad del frigorífico clandestino, y echa hacia los potreros las reses que no han sido aún sacrificadas. Espera, en tanto, desde el Alto Perú, la respuesta de Juana, su compañera de promoción. Intuye que su puesto al frente de la precaria escuela, peligra. Sin ella saberlo, ha permitido la inscripción de más de un unitario. Algunos le han confesado su condición, como Juan José Losada. Otros le han dicho que la vincha celeste que llevan recogiendo el pelo, es en honor a la bandera. “Pero nadie viene a controlar lo que pasa por estos parajes, Juana –le ha escrito a su amiga–. Estamos dejados de la mano de Dios. Mis chicos escriben con trozos de ladrillo o pedazos de tripa gorda y yo

utilizo las paredes como pizarra. Don Martín de Agüero me ha prometido tizas, pero me dicen que el barco que las trae encalló en las proximidades de Recife”.

Un zambo iza la bandera. Le dicen “Falucho”, pero es en broma. Tomó parte en el sitio de El Callao, pero no logra aprender la tabla el cuatro. No ha llegado aún al país el sistema inglés de los palotes, y los alumnos trazan una línea acá, otra allá, sin ton ni son, sin orden ni medida. Clara es la primera en entonar la “Oda a la bandera”, de Balmes y Vespuci. Hija y nieta de educadoras, recuerda las anécdotas de su abuela, Irma Dezcurrea, de cuando aún la joven nación no tenía divisa, antes de que don Manuel Belgrano la crease. Los niños —contaba la anciana— se reunían en los patios escolares antes de entrar a clase y no sabían qué hacer. Daban vueltas sobre sí mismos, se chocaban entre ellos o giraban tontamente como tiovivos sin acertar con una conducta. Alguno, quizás, gritaba consignas emotivas, o repartía chanzas contra los españoles. Alguna maestra, tal vez más devota, entonaba salmos religiosos. Hubo quien —recordaba abuela Irma— aguardando la entrada a clase se empecinó en vocear los números de la lotería de cartones; el juego que tanto entusiasmaba a Manuelita; a sí nació la “cifra”, el canto que, junto a vidalas y pericones, habría de animar numerosas y encendidas veladas patrias.

Clara come un pastelito de dulce y lo acompaña con té de cardosanto. La respuesta de Juana Azurduy tarde en llegar. Hoy Clara ha tenido que sosegar a un federal muy alcoholizado. No la desvela tanto la indisciplina, pero luego se le duermen en la clase. Y a veces se pelean. Los mazorqueros sospechan que uno de los alumnos es unitario. Es un mozo joven, bien parecido que viene siempre de bombachas de fino fieltro y botas altas. Tiene la patilla larga y baja y dobla luego hacia arriba, para unirse con el bigote, dibujando una “U” provocativa. Pero los mazorqueros no han llegado aún hasta ese punto del abecedario. Solo Isidro Gaitán, un sargento, puede memorizar las letras hasta la hache que, al ser muda, lo desorienta. Los demás apenas si se han familiarizado con las letras hasta la “D”. Clara duda si continuar con la enseñanza. Apenas sus chicos descubran que la “U” tiene un dibujo similar al que se lee en las mejillas del joven unitario, puede arder Troya. Clara no quiere más problemas con el gobierno. Pero habrá de tenerlos.

Antes de que llegue, por fin, la carta de Juana, ya don Artemio Soto conoce la noticia de su innovación pedagógica. Algún mazorquero la ha comentado en un boliche. Tal vez un tropero alcanzó a contar las desventuras de su composición-tipo cerca del oído de algún correveidile del poder. Tras seis meses de espera, la carta de Juana llega, como una premonición, días antes que la de Domingo Faustino Sarmiento.

A la luz del vacilante quinqué, Clara lee la esquila de su amiga. “Tené cuidaddo, Clara” es todo el texto, entre sucinto y fraternal. Sin duda Juana, preocupada, consciente del tiempo que llevará a su carta llegar de nuevo hasta la capital, optó por escribirla lo más rápido posible, casi con características telegráficas.

Clara bebe una copita de oporto, al que enturbia con hojas de regaliz. Duda si abrir o no la carta de Sarmiento. Sin embargo, la redacción de ésta, lo comprobará luego, es de advertencia mas no llega a sonar admonitoria. “No veo de buen grado —le escribe el sanjuanino— el cambio por usted introducido en la enseñanza de nuestra lengua criolla. Somos un país incipiente que requiere de ejemplos y el modelo del maestro Chateaubvieux aún está en vigencia. Somos todavía como el joven retoño que precisa de la rectitud y la firmeza del tutor para crecer derecho”.

Clara garrapatea una carta de respuesta plena de formalismo y ambigüedades, lejos de su habitual estilo franco, y decide continuar con sus planes. La hace persistir en su esfuerzo el entusiasmo que observa en sus alumnos. Por primera vez, muchos de ellos, escriben más de dos páginas de composición, cuando con el tema “Viaje en torno a mi pupitre” algunos no alcanzaban ni a los tres renglones. Un matarife de Achiras Altas, Juan Sala, redacta, incluso, casi diez páginas de un relato estremecedor, fruto de su conocimiento de la tropa vacuna. Tiempo después será la base de un libro paradigmático: Amalia.

Josefa Paz de Hurlingham invita a Clara a tomar chocolate en su casa de la bajada del Marquesado. Recibe en una sala solariega desde donde se ve al patio interno de la casa, impregnado con un perfume fresco a magnolias, glicinas y santarritas. Hay un jardín, también, con lilas del lugar y patos criollos. Una morena carabalí sirve el chocolate en vajilla de peltre y terracota, sobre una bandeja cubierta con una mantilla bordada por la misma señora Josefa. Josefa le cuenta a Clara, animosa, que en el colegio adonde va su hija, en clase de Habla Castellana le pidieron una composición sobre el tema “La vaca”. Josefa cuenta esto con risa amable y, cada tanto, se toca el ñandutí de su pechera impecable.

Clara no tiene tiempo ni de alegrarse. A la noche siguiente, una frágil figura desciende de una calesa frete a su escuela, siendo de inmediato rodeada de perros coléricos y becerros supervivientes. El nocturno visitante es don Benito Agudo Ersilbengoa, mano derecha del nuncio apostólico y amanuense del alguacil Ordóñez. “Hemos recibido las quejas de monseñor Brizuela –comunica a Clara Dezcurra— con respecto al tipo de temas que usted está haciendo escribir a sus alumnos”.

Clara conoce bien a monseñor Brizuela. Se corren muchos rumores frente a su persona. Se decía de él que a su arribo a nuestras costas, cuatro años atrás, era un hombre afable y comprensivo. Pero que había sufrido un doloroso accidente durante las invasiones británicas, cuando transportaba trabajosamente un pilón con aceite hirviendo. Aquella desgracia, se comenta ahora, ha dado origen a la sabrosa fritura de pastelería puesta en boga por todas los panaderos: la “bola de fraile”.

“Es indigno –continúa don Benito Agudo Ersilbengoa— que nuestros guardias federales, nuestros soldados, sean obligados a escribir sobre un tema tan poco épico y glorioso como el que usted les impone”.

Clara comprende que ha llegado el momento de defender sus convicciones. Escribe a Sarmiento explicando su postura y la ventaja de educar a sus alumnos a partir de vivencias que a ellos les sean familiares. Seis meses después, puntualmente, recibe la contestación. Y de allí en más, día a día, irá recibiendo cartas del maestro sanjuanino. Sarmiento no falta ni un solo día al Correo. Algunas de sus cartas, no todas, muestran sobre el pergamino largos trazos de un pegote blancuzco, como si alguien hubiese moqueado sobre ellos. Clara deduce que Sarmiento las ha escrito bajo su histórica higuera, buscando aislarse, tal vez, de los rayos solares.

“No me opongo a que usted trabaje sobre ‘La vaca’ –le dice el autor de Facundo— en lugar de hacerlo sobre el modelo francés. Habrá un día, sólo Dios puede saberlo, en que nuestro país se quitará de encima la influencia europea, y quizás entonces usted será considerada una precursora. Pero déjeme sugerirle otra variante: ya que el debate se ha instalado en torno a si es conveniente o no gastar papel, tinta e ingenio sobre un animal tan rasposo y de índole infeliz como la vaca le propongo otro animal todavía más cercano y afín a nuestra tradición libertaria como el caballo. Más de uno de nuestros centauros, que regaron con su sangre generosa el suelo americano, sabrá agradecerse”.

Clara lo piensa. Supone, con su intuición de maestra, que el del caballo puede ser un paso posterior. Incluso no deja de lado la gallina, con su doméstica convivencia. Pero la cercanía de los corrales, la vital actividad del matadero y, fundamentalmente, la creciente importancia del ganado vacuno en la suerte de nuestra economía, la deciden a continuar con el plan trazado.

Es febrero de 1845 y el formidable estío de Buenos Aires embalsama la brisa con aromas fuertes. Clara ha recibido el paso del aguatero llenando dos odres grandes para sus muchachos. La composición-tipo “La vaca” se emplea ya en casi todos los institutos educacionales de la ciudad. Hasta las familias patricias que contratan institutrices británicas han encontrado pertinente el uso de la redacción impuesta por Clara Dezcurra. Sentada sobre una rueda de carro, Clara observa el patio a través de la puerta del salón. El calor del día ha exarcebado el olor a bosta y escucha las risotadas de sus chicos disfrutando el momento plácido del recreo. Se oye el punteo de alguna guitarra, alguna relación intencionada, el repique constante de un

tamboril. De pronto alguien grita, hay un revuelo. Clara presta atención, inquieta. Sus muchachos son buenos, pero si se los vigila son mejores. Escucha un violín y se estremece. Son los sonos de la “refalosa”, la danza con que los mazorqueros acompañan los saltos desparramados de sus víctimas cuando resbalan sobre su propia sangre. Clara se levanta y sale a ver qué pasa. Pero, en este caso, la víctima ya ha caído sobre el patio de la escuela. Es Juan José Losada, el joven unitario de la patilla en “U”. Lo han degollado. Ante la pregunta enérgica de Clara, nadie dice saber nada, nadie dice conocer a los asesinos. Pero hay risas torvas, sofocadas. El grupo de mazorqueros se aleja un tanto, empujándose unos a otros, como sorprendidos o avergonzados por la reprimenda.

Clara escribe a Juana, el 24 de febrero de ese año. “Los eché a todos. No me importa, Juana, que sean mazorqueros, hombres del Restaurador de las Leyes o lo que sea. Hoy degüellan a un compañero y mañana pueden llegar a hacer cosas peores. A estas situaciones hay que cortarlas de raíz, antes de que pasen a mayores”. Entre los expulsados de la escuela, está el sargento federal Anacleto Medina, héroe de Cepeda.

Clara estudia al jinete que ha llegado hasta su escuela. Ella estaba calentando agua en la pava de latón peruano para prepararse un caldo, cuando escuchó el galope. El hombre es un soldado de Rosas, y le estira en la mano un rollo de papel sujeto con una cinta: por supuesto, punzó. Clara desenrolla el mensaje y lee el texto. La trasladan. Ha estado dando clases durante siete años en un tinglado con piso de tierra que, durante el día, hacía las veces de frigorífico clandestino. A pocas varas del matadero de reses y del solar donde se envenenan los cueros. Alumbrándose con velas de grasa. Educando a una clase compuesta por matarifes, soldados federales, negros, zambos, convictos, renegados y mal entretenidos. Ahora la letra pareja y grande del Restaurador, le indica que será trasladada a un lugar de menor jerarquía. No lo dice con esas palabras. “La patria —le escribe Rosas— demanda de usted un nuevo sacrificio. Y hemos decidido destinarla a una escuela marginal, con alumnos que detentan problemas de conducta. Sé que usted, con su firmeza de espíritu, sabrá encarrilarlos y superar los problemas de presupuesto que, de aquí en más, habrá de sufrir”.

Clara Dezcurre sabe que ya no tiene sentido aguardar el cargamento de tiza. Intuye que su alejamiento obedece, más que nada, a su particular obcecación en persistir con el tema de “La vaca”.

“Creo que todo ha sido inútil —escribe a su amiga Juana—. Comprendo que, hoy por hoy, se hace muy difícil cambiar algo de lo ya dispuesto. Supongo que, con el paso del tiempo, todo el mundo se olvidará de mi tema de composición y volveremos a “Voyage autour de mon bureau” o a cualquier otra imposición venida de afuera bajo el engañoso rubro de aporte cultural”. Deja gotear el lacre, morosamente, sobre la juntura del cierre, antes de moldearlo bajo la presión de su anillo de sello. No puede dejar de pensar en la fugacidad de su iniciativa educacional. No sabe cuán equivocada está. Una gota de lacre, lustrosa, ha modelado un diminuto montículo, sobre la mesa.

El desentierro de la angelita

Mariana Enríquez

A mi abuela no le gustaba la lluvia y antes de que cayeran las primeras gotas, cuando el cielo se oscurecía, salía al patio del fondo con botellas y las enterraba hasta la mitad, todo el pico bajo tierra. Yo la seguía y le preguntaba abuela por qué no te gusta la lluvia por qué no te gusta. Pero ella, nada, evasiva, con la palita en la mano, frunciendo la nariz para oler la humedad en el aire. Si finalmente llovía, fuera garúa o tormenta, cerraba puertas y ventanas y subía el volumen del televisor hasta tapar el ruido de las gotas y el viento —el techo de su casa era de chapa—, y si el aguacero coincidía con su serie favorita, Combate, no había quien pudiera sacarle una palabra porque estaba perdidamente enamorada de Vic Morrow.

Yo adoraba la lluvia porque ablandaba la tierra seca y permitía que se desatara mi manía excavatoria. ¡Qué de pozos! Usaba la misma pala que la abuela, una muy chica, del tamaño que usaría un niño para jugar en la

playa, pero de metal y madera, no de plástico. La tierra del fondo albergaba pedacitos de botellas de vidrio color verde, con los bordes tan lisos que ya no cortaban; piedras suaves que parecían cantos rodados o pequeñas rocas de playa, ¿por qué estarían en el fondo de mi casa? Alguien debía haberlas sepultado. Una vez encontré una piedra ovalada, del tamaño y color de una cucaracha, pero sin patas ni antenas. De un lado era lisa, del otro unas muescas formaban los claros rasgos de una cara sonriente. Se la mostré a mi papá, enloquecida porque creía encontrarme ante una reliquia, y me dijo que las marcas formaban un rostro de casualidad. Mi papá nunca se entusiasmaba. También encontré dados negros, con los puntos blancos ya casi invisibles. Encontré restos de vidrios esmerilados verde manzana y turquesa. Mi abuela se acordó de que habían sido parte de una puerta vieja. También jugaba con lombrices y las cortaba en pedacitos bien chiquitos. No me divertía ver el cuerpo dividido retorciéndose un poco para al final seguir adelante. Me parecía que si picaba bien a la lombriz, como a una cebolla, sin dejar contacto alguno entre los anillos, no iba a poder reconstruirse. Nunca me gustaron los bichos.

Encontré los huesos después de una tormenta que convirtió al cuadrado de tierra del fondo en una piscina de barro. Los guardé en el balde que usaba para llevar los tesoros hasta la pileta del patio, donde los lavaba. Se los mostré a papá. Dijo que eran huesos de pollo, o a lo mejor de bifes de lomo, o de alguna mascota muerta que debían haber enterrado hacía mucho. Perros o gatos. Insistía con lo de los pollos porque antes, en el fondo, cuando él era chico, mi abuela tenía un gallinero.

Parecía una explicación posible hasta que mi abuela se enteró de los huesitos y empezó a arrancarse los pelos y a gritar; la angelita la angelita. Pero el escándalo no duró mucho bajo la mirada de papá: él admitía las “supersticiones” (así las llamaba) de la abuela siempre y cuando no se desbordara. Ella le conocía el gesto de desaprobación y se tranquilizó a la fuerza. Me pidió los huesitos y se los di. Después me pidió que me fuera a la habitación a dormir. Yo me enojé un poco porque no entendía la causa de la penitencia.

Pero más tarde, esa misma noche, me llamó y me contó todo. Era la hermana número diez u once, mi abuela no estaba demasiado segura, en aquel entonces no se les prestaba tanta atención a los chicos. Se había muerto a los pocos meses de nacida, entre fiebres y diarrea. Como era angelita, la sentaron sobre una mesa adornada con flores, envuelta en un trapo rosa, apoyada en un almohadón. Le hicieron alitas de cartón para que subiera al cielo más rápido, y no le llenaron la boca de pétalos de flores rojas porque a la mamá, mi bisabuela, le impresionaba, le parecía sangre. Hubo baile y canto toda la noche, y hasta hubo que echar a un tío borracho y reanimar a mi bisabuela, que se desmayó por el llanto y el calor. Una rezadora india cantó trisagios, y lo único que les cobró fue unas empanadas.

—¿Eso fue acá, abuela?

—No, en Salavina, en Santiago. ¡Hacía un calor!

—Entonces no son los huesos de la nena, si se murió allá.

—Sí que son. Yo me los traje cuando vinimos para acá. No la quise dejar porque lloraba todas las noches, pobrecita. Si lloraba con nosotros cerquita, en la casa, ¡lo que iba a llorar sola, abandonada! Así que me la traje. Ya era huesitos nomás, la puse en una bolsa y la enterré acá en los fondos. Ni tu abuelo sabía. Ni tu bisabuela, nadie. Es que nomás yo la escuchaba llorar. Tu bisabuelo también, pero se hacía el tonto.

—¿Y acá llora la nena?

—Cuando llueve, nomás.

Después le pregunté a mi papá si la historia de la nena angelita era cierta, y él dijo que la abuela ya estaba muy grande y desvariaba. Muy convencido no parecía, o a lo mejor le resultaba incómoda la conversación. Después la abuela se murió, la casa se vendió, yo me fui a vivir sola sin marido ni hijos; mi papá se quedó con un departamento de Balvanera, y me olvidé de la angelita.

Hasta que apareció al lado de la cama, en mi departamento, diez años después, llorando, una noche de tormenta.

La angelita no parece un fantasma. Ni flota ni está pálida ni lleva vestido blanco. Está a medio pudrir y no habla. La primera vez que apareció creí que soñaba y traté de despertarme de la pesadilla; cuando no pude y empecé a entender que era real grité y lloré y me tapé con las sábanas, los ojos cerrados fuerte y las manos

tapando los oídos para no escucharla –porque en ese momento no sabía que era muda–. Pero cuando salí de ahí abajo, unas cuantas horas después, la angelita seguía ahí con los restos de una manta vieja puesta sobre los hombros como un poncho. Señalaba con el dedo hacia afuera, hacia la ventana y la calle, y así me di cuenta de que era de día. Es raro ver un muerto de día. Le pregunté qué quería, pero como respuesta siguió señalando como en una película de terror.

Me levanté y salí corriendo hacia la cocina, a buscar los guantes que usaba para lavar los platos. La angelita me siguió. Apenas una primera muestra de su personalidad demandante. No me amedrentó. Con los guantes puestos la agarré del cogotito y apreté. No es muy coherente intentar ahorcar a un muerto, pero no se puede estar desesperado y ser razonable al mismo tiempo. No le provoqué ni una tos, nada más yo quedé con restos de carne en descomposición entre los dedos enguantados y a ella le quedó la tráquea a la vista. Hasta ese momento no sabía que se trataba de Angelita, la hermana de mi abuela. Seguía cerrando los ojos bien fuerte a ver si ella desaparecía o yo me despertaba. Como no funcionaba le caminé alrededor y vi, en la espalda, colgando de los restos amarillentos de lo que ahora sé era la mortaja rosa, dos rudimentarias alitas de cartón con plumas de gallina pegoteadas. En tantos años tendrían que haber desaparecido, pensé y después me reí un poco histérica y me dije que tenía un bebé muerto en la cocina, que era mi tía abuela y que caminaba, aunque por el tamaño debía haber vivido apenas unos tres meses. Tenía que dejar definitivamente de pensar en términos de qué era posible y qué no.

Le pregunté si era mi tía abuela Angelita –como no habían hecho tiempo de anotarla con un nombre legal, eran otros tiempos, la llamaron siempre por ese nombre genérico–; así descubrí que no hablaba pero contestaba moviendo la cabeza. Entonces mi abuela decía la verdad, pensé, no eran del gallinero, eran los huesitos de su hermana los que desenterré cuando era chica.

Lo que quería Angelita era un misterio, porque más que mover la cabeza afirmativa o negativamente no hacía. Pero algo quería con suma urgencia, porque no sólo seguía señalando, sino que no me dejaba en paz. Me seguía por toda la casa. Me esperaba atrás de la cortina del baño cuando tomaba una ducha; se sentaba en el bidet cuando yo hacía pis o caca; se paraba al lado de la heladera cuando lavaba los platos y se sentaba al lado de la silla cuando yo trabajaba con la computadora.

Seguí haciendo mi vida normal durante la primera semana. Creía que a lo mejor se trataba de un pico de estrés con alucinación, y que se iría. Me pedí unos días en el trabajo, tomé pastillas para dormir. La angelita seguía ahí, esperando al lado de la cama a que me despertara. Algunos amigos me visitaron. Al principio no quise atender los mensajes ni abrirles la puerta pero, para no preocuparlos más, accedí a verlos aduciendo agotamiento mental. Ellos comprendieron, estuve trabajando como una negra, me decían. Ninguno vio a la angelita. La primera vez que me visitó mi amiga Marina metí a la angelita en el placard, pero para mi terror y disgusto, se escapó y se sentó en el brazo del sillón, con esa fea cara podrida verdegrís. Marina ni se dio cuenta.

Poco después saqué a la angelita a la calle. Nada. Salvo ese señor que la miró de pasada y después se dio vuelta y la volvió a mirar y se le descompuso la cara, le debe haber bajado la presión; o la señora que directamente salió corriendo y casi la atropella el 45 en la calle Chacabuco. Alguna gente tenía que verla, eso me lo imaginaba, seguramente no mucha. Para evitarles el mal momento, cuando salíamos juntas –mejor dicho, cuando ella me seguía y a mí no me quedaba otra que dejarme acompañar– lo hacía con una especie de mochila para cargarla (es feo verla caminar, es tan chiquita, es antinatural). También le compré una venda tipo máscara para la cara, de las que se usan para tapar cicatrices de quemaduras. La gente ahora cuando la ve siente asco, pero también conmoción y pena. Ven a un bebé muy enfermo o muy lastimado, ya no a un bebé muerto.

Si me viera mi papá, pensaba, él que siempre se quejó de que iba a morir sin nietos (y se murió sin nietos, yo lo decepcioné en esa y muchas otras cosas). Le compré juguetes para que se entretuviera, muñecas y dados de plástico y chupetes para que mordiera, pero nada parecía gustarle demasiado, y seguía con el dichoso dedo apuntando para el Sur –de eso me di cuenta, era siempre para el Sur– mañana, tarde y noche. Yo le hablaba y le preguntaba, pero ella no se podía comunicar bien.

Hasta que una mañana se apareció con una foto de mi casa de la infancia, la casa donde yo había encontrado sus huesitos en el patio del fondo. La sacó de la caja donde guardo las fotografías: un asco, dejó todas las otras manchadas de su piel podrida que se desprendía, húmedas y pringosas. Ahora señalaba la casa con el dedo, bien insistente. Querés ir ahí, le pregunté, y me dijo que sí. Le expliqué que la casa ya no era nuestra, que la habíamos vendido, y me dijo que sí otra vez.

La cargué en la mochila con su máscara puesta y nos tomamos el 15 hasta Avellaneda. Ella no mira por la ventana en los viajes, tampoco mira a la gente ni se entretiene con nada, le da a lo exterior la misma importancia que a los juguetes. La llevé sentada a upa para que estuviera cómoda, aunque no sé si es posible que esté incómoda o si eso significa algo para ella; ni siquiera sé qué siente. Solamente sé que no es mala, y que le tuve miedo al principio, pero hace rato que no.

Llegamos a la que fue mi casa a eso de las cuatro de la tarde. Como siempre en verano, había un olor pesado a Riachuelo y nafta sobre la avenida Mitre, mezclado con tufos de basura; en las esquinas, helados caídos de cucuruchos que dejaban el suelo pegoteado. Hay muchas heladerías sobre la avenida y mucha gente torpe. Cruzamos la plaza caminando, después pasamos por el Sanatorio Itoiz, donde se murió mi abuela, y finalmente rodeamos la cancha de Racing. Atrás estaba mi casa vieja, a dos cuadras de distancia del estadio. Pero ahora que estaba en la puerta, ¿qué hacer? ¿Pedirles a los dueños nuevos que me dejaran pasar? ¿Con qué pretexto? Ni lo había pensado. Claramente me estaba afectando la mente andar para todos lados con una niña muerta.

Angelita fue la que se encargó de la situación. No hacía falta entrar. Era posible asomarse al fondo por la medianera, eso era lo único que ella quería, ver el fondo. Espiamos las dos, ella en mis brazos –la medianera era más bien baja, debía estar mal hecha–. Ahí, donde solía estar el cuadrado de tierra, había una pileta de natación de plástico azul, empotrada en un hueco del suelo. Evidentemente habían levantado toda la tierra para hacer el hoyo, y con esa acción habían tirado los huesos de la angelita vaya a saber dónde, los habían revoleado, se habían perdido. Me dio lástima, pobrecita, y le dije que lo sentía mucho, que no podía solucionárselo; hasta le dije que lamentaba no haberlos desenterrado otra vez cuando la casa se vendió, para sepultarlos en algún lugar pacífico, o cerca de la familia si a ella le gustaba así. ¡Pero si tranquilamente podría haberlos puesto adentro de una caja o un florero, y llevarlos a casa! Estuve mal con ella y le pedí disculpas. Angelita dijo que sí. Entendí que las aceptaba. Le pregunté si ahora estaba tranquila y se iba a ir, si me iba a dejar sola. Me dijo que no. Bueno, contesté, y como la respuesta no me cayó muy bien, salí caminando rápido hasta la parada del 15 y la obligué a corretear atrás mío con sus pies descalzos que, de tan podridos, estaban dejando asomar los huesitos blancos.

La intrusa

Jorge Luis Borges

2 Reyes, I, 26.

Dicen (lo cual es improbable) que la historia fue referida por Eduardo, el menor de los Nelson, en el velorio de Cristian, el mayor, que falleció de muerte natural, hacia mil ochocientos noventa y tantos, en el partido de Moran. Lo cierto es que alguien la oyó de alguien, en el decurso de esa larga noche perdida, entre mate y mate, y la repitió a Santiago Dabove, por quien la supe. Años después, volvieron a contármela en Turdera, donde había acontecido. La segunda versión, algo más prolija, confirmaba en suma la de Santiago, con las pequeñas variaciones y divergencias que son del caso. La escribo ahora porque en ella se cifra, si no me engaño, un breve y trágico cristal de la índole de los orilleros antiguos. Lo haré con probidad, pero ya preveo que cederé a la tentación literaria de acentuar o agregar algún pormenor.

En Turdera los llamaban los Nilsen. El párroco me dijo que su predecesor recordaba, no sin sorpresa, haber visto en la casa de esa gente una gastada Biblia de tapas negras, con caracteres góticos; en las últimas

páginas entrevió nombres y fechas manuscritas. Era el único libro que había en la casa. La azarosa crónica de los Nilsen, perdida como todo se perderá. El caserón, que ya no existe, era de ladrillo sin revocar; desde el zaguán se divisaban un patio de baldosa colorada y otro de tierra. Pocos, por lo demás, entraron ahí; los Nilsen defendían su soledad. En las habitaciones dismanteladas durmieron en catres; sus lujos eran el caballo, el apero, la daga de hoja corta, el atuendo rumboso de los sábados y el alcohol pendenciero. Sé que eran altos, de melena rojiza. Dinamarca o Irlanda, de las que nunca oirían hablar, andaban por la sangre de esos dos criollos. El barrio los temía a los Colorados; no es imposible que debieran alguna muerte. Hombro a hombro pelearon una vez a la policía. Se dice que el menor tuvo un altercado con Juan Iberra, en el que no llevó la peor parte, lo cual, según los entendidos, es mucho. Fueron troperos, cuarteadores, cuatrerros y alguna vez tahúres. Tenían fama de avaros, salvo cuando la bebida y el juego los volvían generosos. De sus deudos nada se sabe ni de dónde vinieron. Eran dueños de una carreta y una yunta de bueyes.

Físicamente diferían del compadraje que dio su apodo forajido a la Costa Brava. Esto, y lo que ignoramos, ayuda a comprender lo unidos que fueron. Mal quistarse con uno era contar con dos enemigos.

Los Nilsen eran calaveras, pero sus episodios amorosos habían sido hasta entonces de zaguán o de casa mala. No faltaron, pues, comentarios cuando Cristian llevó a vivir con Juliana Burgos. Es verdad que ganaba así una sirvienta, pero no es menos cierto que la colmó de horrendas baratijas y que la lucía en las fiestas. En las pobres fiestas de conventillo, donde la quebrada y el corte estaban prohibidos y donde se bailaba, todavía, con mucha luz. Juliana era de tez morena y de ojos rasgados, bastaba que alguien la mirara para que se sonriera. En un barrio modesto, donde el trabajo y el descuido gastan a las mujeres, no era mal parecida. Eduardo los acompañaba al principio. Después emprendió un viaje a Arrecifes por no sé qué negocio; a su vuelta llevó a la casa una muchacha, que había levantado por el camino, y a los pocos días la echó. Se hizo más hosco; se emborrachaba solo en el almacén y no se daba con nadie. Estaba enamorado de la mujer de Cristian.

El barrio, que tal vez lo supo antes que él, previó con alevosa alegría la rivalidad latente de los hermanos. Una noche, al volver tarde de la esquina, Eduardo vio el oscuro de Cristian atado al palenque. En el patio, el mayor estaba esperándolo con sus mejores pilchas. La mujer iba y venía con el mate en la mano. Cristian le dijo a Eduardo:

—Yo me voy a una farra en lo de Farías. Ahí la tenés a la Juliana; si la querés, usala.

El tono era entre mandón y cordial. Eduardo se quedó un tiempo mirándolo; no sabía qué hacer, Cristian se levantó, se despidió de Eduardo, no de Juliana, que era una cosa, montó a caballo y se fue al trote, sin apuro. Desde aquella noche la compartieron. Nadie sabrá los pormenores de esa sórdida unión, que ultrajaba las decencias del arrabal. El arreglo anduvo bien por unas semanas, pero no podía durar. Entre ellos, los hermanos no pronunciaban el nombre de Juliana, ni siquiera para llamarla, pero buscaban, y encontraban, razones para no estar de acuerdo. Discutían la venta de unos cueros, pero lo que discutían era otra cosa. Cristian solía alzar la voz y Eduardo callaba. Sin saberlo, estaban celándose. En el duro suburbio, un hombre no decía, ni se decía, que una mujer pudiera importarle, más allá del deseo y la posesión, pero los dos estaban enamorados. Esto, de algún modo, los humillaba.

Una tarde, en la plaza de Lomas, Eduardo se cruzó con Juan Iberra, que lo felicitó por ese primor que se había agenciado. Fue entonces, creo, que Eduardo lo injurió. Nadie, delante de él, iba a hacer burla de Cristian.

La mujer atendía a los dos con sumisión bestial; pero no podía ocultar alguna preferencia por el menor, que no había rechazado la participación, pero que no la había dispuesto.

Un día, le mandaron a la Juliana que sacara dos sillas al primer patio y que no apareciera por ahí, porque tenían que hablar. Ella esperaba un diálogo largo y se acostó a dormir la siesta, pero al rato la recordaron. Le hicieron llenar una bolsa con todo lo que tenía, sin olvidar el rosario de vidrio y la crucecita que le había dejado su madre. Sin explicarle nada la subieron a la carreta y emprendieron un silencioso y tedioso viaje. Había llovido; los caminos estaban muy pesados y serían las cinco de la mañana cuando llegaron a Morón. Ahí la vendieron a la patrona del prostíbulo. El trato ya estaba hecho; Cristian cobró la suma y la dividió

después con el otro.

En Turdera, los Nilsen, perdidos hasta entonces en la maraña (que también era una rutina) de aquel monstruoso amor, quisieron reanudar su antigua vida de hombres entre hombres. Volvieron a las trucadas, al reñidero, a las juergas casuales. Acaso, alguna vez, se creyeron salvados, pero solían incurrir, cada cual por su lado, en injustificadas o harto justificadas ausencias. Poco antes de fin de año el menor dijo que tenía que hacer en la Capital. Cristian se fue a Moron; en el palenque de la casa que sabemos reconoció al overo de Eduardo.

Entró; adentro estaba el otro, esperando turno. Parece que Cristian le dijo:

—De seguir así, los vamos a cansar a los pingos. Más vale que la tengamos a mano.

Habló con la patrona, sacó unas monedas del tirador y se la llevaron. La Juliana iba con Cristian; Eduardo espoleó al overo para no verlos.

Volvieron a lo que ya se ha dicho. La infame solución había fracasado; los dos habían cedido a la tentación de hacer trampa. Caín andaba por ahí, pero el cariño entre los Nilsen era muy grande —¡quién sabe qué rigores y qué peligros habían compartido!— y prefirieron desahogar su exasperación con ajenos. Con un desconocido, con los perros, con la Juliana, que había traído la discordia.

El mes de marzo estaba por concluir y el calor no cejaba. Un domingo (los domingos la gente suele recogerse temprano) Eduardo, que volvía del almacén, vio que Cristian uncía los bueyes. Cristian le dijo:

—Vení; tenemos que dejar unos cueros en lo del Pardo; ya los cargue, aprovechemos la fresca.

El comercio del Pardo quedaba, creo, más al Sur; tomaron por el Camino de las Tropas; después, por un desvío. El campo iba agrandándose con la noche.

Orillaron un pajonal; Cristian tiró el cigarro que había encendido y dijo sin apuro:

—A trabajar, hermano. Después nos ayudaran los caranchos. Hoy la maté. Que se quede aquí con sus pilchas. Ya no hará más perjuicios.

Se abrazaron, casi llorando. Ahora los ataba otro vínculo: la mujer tristemente sacrificada y la obligación de olvidarla.